

El viaje



ENRIQUETA OCHOA

Éramos sólo un átomo
disparado a la deriva
desde el pulso de Dios.
Éramos el compás inalterable
con que palpita el universo.
Fuimos fuego,
el agua que nos apagaba,
el aire batiendo la luz.
En los infinitos océanos del misterio
el viaje se iniciaba.
Arrastrada por el viento
iba la simiente en vísperas
que en un instante dado
desalojó la atmósfera
y principió su travesía de millones de años.
Cruzó constelaciones, remolinos de sombra,
nebulosas.
Recorrió los ciclos de las edades
y fue la tortura quieta de la piedra.

Pobló de algas marinas
los rastros de la aurora;
fue manto de yerba azul, helecho, tronco
ramajes navegando en las alturas...,
instintiva criatura;
toda esa amalgama que se pliega
en los estratos de la tierra,
hasta que una lechosidad cristalina
llenó la bolsa fetal
donde fructificó la esencia
y nació el hombre.
Se le impuso la verticalidad
le desdoblaron la memoria
y fue la mañana de nupcias
entre el tiempo y el espacio.

El hombre palpitaba
como un follaje tierno.
Habíamos, al fin, realizado el viaje.